

turalidad, y cuanto embeleso esparcía en la vida. Dios es un secreto profundo; y el hombre creado á su imagen, es igualmente incomprendible: era, pues, una inefable armonía el ver los periodos de aquellos días ajustados á unos relojes tan misteriosos como él mismo.

En las tiendas de Jacob y de Booz, la llegada de un ave ponía todo en movimiento: el patriarca daba la vuelta á su campo, á la cabeza de sus domésticos armados de hoces. Si corría la voz de que los hijuelos de la golondrina habían sido vistos, todo un pueblo empezaba con alegría la siega sobre la fé de Dios, al oír tan fausta nueva. Estas lisonjeras señales tenían la ventaja de predecir las alternativas de la estación próxima, al dirigir los trabajos de la presente. Si los años y las cercetas acudían en abundancia, se sabía que el invierno sería largo; si la corneja empezaba á construir su nido en enero, los pastores esperaban en abril las rosas de mayo. El casamiento de una doncella á la orilla de una fuente, se relacionaba con el desarrollo de una planta; y los ancianos, que por lo regular mueren en otoño, caían con las bellotas y los frutos maduros. Mientras el filósofo, reduciendo ó alargando el año, trasladaba el invierno á la primavera, el labrador no temía que el astrónomo que le venía del cielo se equivocase, pues sabía que el ruiseñor no tomaría el mes de los hielos por el de las flores, ni haría oír en el solsticio de invierno las canciones del estío. Así pues, las tareas, los juegos y placeres del hombre campestre se determinaban, no por el incierto calendario de un sabio, sino por los cálculos infalibles del que ha trazado la órbita del sol. Este Supremo Regulador quiso que las fiestas de su culto se ajustasen á las simples épocas marcadas en sus propias obras; y en aquellos días de inocencia, en que se atendía á las estaciones y á los trabajos agrícolas, la voz del céfiro ó de la tempestad, la del águila ó de la paloma, llamaban al hombre al templo del Dios de la naturaleza.

Los campesinos se sirven aun algunas veces de esas tablas encantadoras en que están grabados los tiempos de los trabajos rústicos. Los pueblos de la India hacen el mismo uso de ellas, y los negros y los salvajes americanos computan el tiempo del mismo modo. Un siminol de la Florida, dice: «La doncella se ha casado á la llegada del colibri.—El niño ha muerto cuando la oropéndola ha mudado.—Esta madre tiene tantos hijos como huevos el nido del pelicano.

Los salvajes del Canadá señalan las seis de la tarde en el momento en que las palomas torcaces beben en los manantiales; y los salvajes de la Luisiana las fijan cuando la efímera sale de las aguas. El paso de diferentes aves determina la estación de las cacerías; y los tiempos de la siega del maíz, de la avena-loca, etc., son anunciados por ciertos animales que nunca dejan de acudir á la hora del banquete.

## CAPITULO IX.

### CONTINUACION DE LAS EMIGRACIONES.

#### Cuadrúpedos.

Las emigraciones son mas frecuentes en los peces y las aves que en los cuadrúpedos, á causa de su muchedumbre, y de la facilidad de sus viajes á través del aire y del agua; solo excita la admiración el modo con que llegan sin extraviarse á las regiones á que se encaminan. Concíbese bien que un animal acosado por el hambre abandone el país que habita, en busca de alimento y abrigo; pero ¿cómo se explica que la materia le haga ir *aquí* mas bien que *allá*, y le guie con maravillosa exactitud precisamente al lugar donde se hallan este alimento y este abrigo? ¿Por qué conocen los vientos y las mareas, los equinoccios y los solsticios? No dudamos que si las especies viajeras se viesan por

un solo momento abandonadas á su propio instinto, perecerían casi en totalidad. Unas, al querer llegar á las latitudes frías, llegarían á los países tropicales; otras, proponiéndose trasladarse al Ecuador, se hallarían bajo el polo. Los pitirojos, en lugar de atravesar la Alsacia y la Germania en busca de insectillos, serían en África presa de algun enorme escarabajo; el groenlandés oíría salir un gemido de los peñascos, y vería á un pájaro encienito cantar y morir: ese pájaro sería la desvalida Filomela.

Dios no permite semejantes equivocaciones. Todo tiene sus analogías y sus relaciones en la naturaleza: para las flores los céfiro, para los inviernos las tempestades, y para el corazón humano el dolor. El piloto mas hábil tarda mucho en llegar al puerto deseado; pero el pez no se equivoca acerca de la longitud del mas insignificante escollo del abismo: la Providencia es su estrella polar, y sea cual fuere el punto á que se dirija, ve siempre al astro que nunca se pone.

El universo es como una inmensa hospedería, donde todo está en incesante movimiento. En ella entran y de ella salen multitud de viajeros. Acaso nada es mas hermoso en las emigraciones de los cuadrúpedos, que los viajes de los bisontes á través de las sábanas de la Luisiana y del Nuevo-Méjico. Cuando llega el tiempo de cambiar de clima, para ir á llevar la abundancia á los pueblos salvajes, algun búfalo, guia de los rebaños del desierto, convoca en derredor á sus hijos é hijas. El punto de cita son las orillas del Misisipi, y el momento de la marcha es el anochecer. El guia, sacudiendo sus crines, que cuelgan en desorden sobre sus ojos y encorvadas astas, saluda al sol en su ocaso bajando la cabeza y alzando sus lomos; un rumor sordo, señal de la partida, se exhala al mismo tiempo de su profundo pecho, y se arroja súbitamente á las olas espumosas, seguido de la multitud de terneras y toros que mugen de amor á su lado.

Mientras esta poderosa familia de cuadrúpedos atraviesa con estrépito rios y bosques, una flota tranquila boga silenciosa sobre un lago solitario á favor de los céfiro y á la claridad de las estrellas. Las pequeñas ardillas negras, despues de haber deshojado los nogales de las inmediaciones, se resuelven á buscar fortuna y se embarcan en busca de otro bosque; luego, levantando sus colas, y desplegando al viento esta vela de seda, la osada especie desafía la inconstancia de las olas: piratas imprudentes á quienes ciega el amor á las riquezas. La tempestad estalla, y la flota, próxima á perecer, se esfuerza por ganar la inmediata bahía; pero algunas veces un ejército de castores se opone al desembarco, porque temen que aquellos advenedizos saqueen las mieses. En vano los ágiles escuadrones que han saltado á la playa se salvan trepando á los árboles, desde cuyos altos baluartes se burlan de la lenta marcha de sus enemigos, pues el talento vence á la astucia: adelántanse los zapadores, minan la encina y la derriban con todas sus ardillas, no de otro modo que una torre cargada de soldados caía al golpe del antiguo ariete.

Otros muchos percances acontecen á nuestros aventureros, que se consuelan con algunos frutos y algunos juegos: Atenas, tomada por los lacedemonios, no se mostró menos amable ni menos frívola. Subiendo el río del Norte en el paquebot de Nueva-York, vimos en Albani á uno de aquellos desgraciados que pugnaba con vano ahinco para vadear el río, por lo que le sacamos del agua ya medio ahogado; aquella ardilla era de un hermoso color de ébano, y su cola tenía dos veces la longitud de su cuerpo; recobró la vida, pero perdió la libertad, pues un pasajero le hizo su esclava. Los renos del norte de Europa, los caribús y los originales de la América Septentrional tienen su tiempo de emigraciones, siempre correlativas á las necesidades del hombre. Ni aun los osos blancos de Terra-Nova, cuya piel es tan necesaria á los esquimales, dejan

de ser enviados á estos salvajes por una Providencia milagrosa. Aquellos monstruos marinos llegan á las costas del Labrador, sobre los hielos flotantes ó en restos de bajeles, donde se muestran como unos vigorosos marineros que se han librado del naufragio.

Los elefantes viajan tambien por el Asia; la tierra se estrema bajo sus plantas, y no obstante, no hay motivo alguno de temor: casto, inteligente y sensible, Behmot es manso porque es fuerte, y benigno porque es poderoso. Primer servidor del hombre y no su esclavo, ocupa el segundo lugar en el orden de la Creación: despues de la caída original, los animales se alejaron de la habitación del hombre; pero puede creerse que el elefante, naturalmente generoso, se retiró con el mayor pesar, pues se ha mantenido siempre en las inmediaciones de la cuna del mundo. Salen de tiempo en tiempo de sus desiertos, y se encaminan á un país habitado, para reemplazar á sus compañeros muertos, sin reproducirse, al servicio de los hijos de Adam.

## CAPITULO X.

### Anfibios y reptiles.

Al pié de los montes Apalaches, en las Floridas, se hallan unas fuentes llamadas *pozos naturales*. Cada pozo está abierto en el centro de un montecillo plantado de naranjos, de catalpas y otros árboles. Este montecillo se abre en forma de media luna por la parte que mira á la sábana, y por esta abertura sale del pozo una corriente de agua. Los árboles, al inclinarse sobre la fuente, ennegrecen su superficie; pero en el lugar donde la corriente se escapa de la base del cono, un rayo de luz penetra en el cauce del canal, y cayendo sobre un punto de la fuente, produce el efecto del espejo en la *cámara oscura* del pintor. Retiro tan encantador sirve por lo regular de albergue á un enorme cocodrilo, que se mantiene inmóvil en medio del estanque: al mirar sus verdes escamas y las anchas ventanas de su nariz, que lanzan las aguas en dos matizadas elipses, pudiera tomarse por un dragon de bronce, caprichoso adorno de alguna gruta de los bosquillos de Versailles.

Los cocodrilos ó caimanes de las Floridas no viven siempre solitarios, puesto que en cierto tiempo del año se reúnen y emboscan para atacar á los viajeros que deben llegar por el Océano. Cuando estos han subido á lo largo de los rios y falta el agua á su muchedumbre, ó mueren estrellados en las rocas y amenazan inficionar la atmósfera, la Providencia les entrega de repente á un ejército de cuatro ó cinco mil cocodrilos. Estos monstruos, arrojando un grito pavoroso y haciendo rechinar sus desmesuradas mandíbulas, caen sobre los extranjeros. Saltando en todas direcciones, los combatientes se reúnen, chocan y se entrelazan, sumérgense en el fondo de los abismos, se arrastran sobre el légamo, y tornan á mostrarse en la superficie del agua. El ensangrentado río se cubre de cadáveres mutilados y de humeantes entrañas. Nada puede dar una cabal idea de estas escenas extraordinarias descritas por los viajeros, y que el lector se siente inclinado siempre á tomar por vanas exageraciones.

Rotas, dispersas, llenas de espanto las legiones extrañas, y perseguidas hasta el Océano, se ven precisadas á volver á los abismos, para que, útiles en lo sucesivo á nuestras necesidades, nos sirvan sin darnos.

Estas especies de monstruos han sublevado alguna vez la sabiduría del ateo; y no obstante, son necesarias en el plan general. No habitan sino los desiertos donde la ausencia del hombre reclama su presencia; están allí colocados para destruir, hasta que llega el gran destructor. Así que nos presentamos en una costa,

nos ceden el imperio, seguros de que uno de nosotros causará mas estragos que diez mil de los suyos.

Replicarase tal vez: ¿Por qué hace Dios seres superfluos que obligan luego á llevar á cabo una inmensa destrucción? Por la sencilla razón de que Dios no obra como nosotros de una manera limitada; conténtase con decir: *Creced y multiplicaos*; dos palabras que abrazan el infinito. Segun parece, será preciso que para ser sabia la Divinidad sea mezquina; lo infinito será un atributo de que la despojaremos, pues rechazando todo lo inmenso, diremos: «Esto es superfluo en la naturaleza,» porque nuestro entendimiento no podrá comprenderlo. Y si place á Dios colocar mas de cierto número de soles en la bóveda celeste, condenaremos este aumento; y en consecuencia de esta prodigalidad de universo, declaramos al Creador convicto de locura y de impotencia.

Considerados en sí mismos, sea cual fuere la deformidad de esos seres que llamamos *monstruos*, pueden reconocerse en sus horribles facciones algunas señales de la bondad divina. Un cocodrilo ó una serpiente no son menos tiernos para sus cachorros que un ruiseñor ó una paloma. Es un contraste sorprendente é interesante ver á un cocodrilo construir un nido y poner un huevo de cuya cáscara sale un pequeño monstruo á semejanza de un polluelo. La hembra del cocodrilo muestra los mas tiernos desvelos en pró de su familia; pasea entre los nidos de sus hermanas, que forman conos de huevos y de tierra colocados como las tiendas de un campamento á la margen de un río. La amazona se constituye vigilante centinela, y deja obrar el calor del sol; porque si el delicado cariño de la madre está como representado en el huevo del cocodrilo, la fuerza y las costumbres de este poderoso animal se pintan, por decirlo así, en el sol que lo empolla, y en el limo que le sirve de fermento. No bien ha roto el cascarrón, la hembra toma bajo su protección los monstruos que nacen: estos no son siempre sus hijos, pero hace por este medio el aprendizaje de la maternidad, é iguala su destreza á su ternura. Por último, cuando su familia se desarrolla, la conduce al río, la lava en sus aguas cristalinas, la enseña á nadar, pesca pececillos que la alimenten, y la protege contra los machos que intentan muchas veces devorarla.

Un español residente en las Floridas nos refirió que habiéndose apoderado de la cría de un cocodrilo, y haciéndola llevar en una cesta por unos negros, la hembra le siguió exhalandos lastimeros gritos. Pusiéronse en el suelo dos cachorros, y al punto la madre empezó á empujarlos con sus manos y su hocico, ya colocándose detrás de ellos para defenderlos, ya precediéndoles para mostrarles el camino. Los cachorros se arrastraban gimiendo sobre las huellas de su madre; y este enorme reptil, que poco antes estremecía la playa con sus rugidos, hacia oír en aquellos momentos una especie de balido tan suave como el de una cabra que amamanta á sus cabritillos. La serpiente de cascabel compite con el cocodrilo en ternura maternal; este reptil, que da á los hombres lecciones de generosidad, se las da tambien de ternura. Cuando su familia es perseguida, la acoge en su boca, y si los lugares donde pudiera ocultarla no le parecen seguros, la hace entrar en sí misma, no hallando un asilo mas inviolable para unos hijos que el seno de su madre. Ejemplo de sublime abnegación, no sobrevive á la pérdida de sus cachorros, porque para arrebatarlos, es preciso arrancarle las entrañas.

¿Hablares del veneno de esta serpiente, siempre mas activo cuando tiene familia? ¿Describiremos la ternura de la hembra del oso, que á semejanza de la mujer salvaje lleva el amor maternal hasta el punto de lactar á sus hijos, despues de muertos?

Examinense estos pretendidos monstruos en sus instintos: estúdiense sus formas y sus armas; atién-

dase al eslabon que en la cadena de la Creacion ocupan; obsérvelos en sus relaciones recíprocas y con el hombre, y nos atrevemos á asegurar que las causas finales son tal vez mas visibles en esta clase de seres que en las especies mas favorecidas de la naturaleza; bien así como en una obra bárbara los rasgos del genio se destacan mas en medio de las sombras que la rodean.

La objecion contra los lugares habitados por estos mónstruos no nos parece mas fundada. Los pantanos, á pesar de que parecen tan perjudiciales, presentan, no obstante, grandes utilidades, pues son las urnas ó depósitos de los rios en los países llanos, y los reservatorios de las lluvias en las regiones distantes del mar. Su légamo y las cenizas de sus plantas suministran á los labradores excelentes abonos; sus cañas proporcionan fuego y albergue á las familias pobres; frágil abrigo muy en armonía con la vida del hombre, pues no llega mas allá de nuestros dias.

Estos lugares ofrecen tambien cierta hermosura propia: fronteras de la tierra y del agua, tienen vegetales, paisajes y habitantes particulares; todo participa en ellos de la mezcla de ambos elementos. Las espadañas ocupan el medio entre la yerba y el arbusto, entre el puerro marino y la planta terrestre; algunos de los insectos fluviales parecen unos pajarillos; cuando la *señorita*, con su traje azul y sus alas transparentes se ufana en la flor del nenúfar blanco, creérase ver al pájaro-mosca de las Floridas en una rosa de magnolia. Durante el otoño estos pantanos están plantados de juncos secos que dan á la esterilidad el aspecto de las mas opulentas mieses, y en la primavera presentan batallones de verdes lanzas. Un abedul ó un sauce solitario en que la brisa ha suspendido algunos manojos de plumas, domina estas ondulantes campiñas; el viento que se desliza suave entre las cañas, las inclina alternativamente: dóblase una mientras otra se levanta; luego, inclinándose á la vez todo el bosque, se descubre el alcaravan dorado ó la garza real blanca, que se mantiene inmóvil sobre una de sus largas patas.

## CAPITULO XI.

### De las plantas y sus emigraciones.

ENTRAMOS en ese reino en que las maravillas de la naturaleza presentan un carácter mas risueño y agradable. Al verlas elevarse en los aires y en la cima de los montes, pudiera decirse que las plantas participan algo del cielo á que se acercan. Vemos con frecuencia al amanecer en medio de una profunda serenidad á las flores de un valle inmóviles sobre sus tallos; inclínanse de mil maneras diferentes, y miran á todos los puntos del horizonte. En aquellos momentos de aparente calma, se realiza un gran misterio: la naturaleza concibe, y aquellas plantas son otras tantas tiernas madres vueltas hácia la region misteriosa de donde debe llegarles la fecundidad. Los silfos tienen simpatías menos aéreas y comunicaciones menos invisibles; el narciso entrega á los arroyos su estirpe virginal; la violeta confía á los céfiros su modesta posteridad; una abeja liba su miel de flor en flor, y fecunda, sin apercibirse de ello, toda una pradera; una mariposa conduce sobre sus alas un pueblo entero. Sin embargo, los amores de las plantas no son igualmente tranquilos: los hay tambien borrascosos, á semejanza de los del hombre, pues necesitan grandes tempestades para que el cedro del Líbano celebre sus bodas con el cedro del Sinaí sobre inaccesibles alturas, mientras al pié de la montaña basta el viento mas suave para establecer entre dos humildes flores un comercio de placer. ¿No agita del mismo modo el huracan de las pasiones á los reyes de la tierra en sus tronos, mien-

tras los pastores ven deslizar á sus piés dias tranquilos?

La flor produce la miel: es la amable hija de la mañana, el encanto de la primavera, el manantial de los perfumes, la gala brillante de la virgen y el amor del poeta; pasa rápida como el hombre, pero entrega blandamente sus hojas á la tierra. Entre los antiguos coronaba la copa del festin y los nevados cabellos del sabio; los primeros cristianos adornaban con flores á los mártires y el altar de las catacumbas; hoy, en memoria de aquellos antiguos dias, decoramos con ellas nuestros templos. En el mundo enlazamos nuestros afectos con sus colores: su verde simboliza la esperanza, su blanco la inocencia, y sus matices de rosa el pudor; hay naciones enteras donde la flor es el fiel intérprete de los mas tiernos sentimientos; ¡libro mágico que no encierra ningun error peligroso, depósito querido de la fugitiva historia de las revoluciones del corazón!

Al colocar los sexos en diferentes individuos en muchas familias de plantas, la Providencia ha multiplicado los misterios y las bellezas de la naturaleza; por esta causa la ley de las emigraciones se reproduce en un reino que parece desprovisto de toda facultad locomotriz. Unas veces viaja la semilla ó el fruto, otras una parte de la planta ó la planta entera. Los cocoteros suelen crecer sobre las rocas en medio del mar; cuando la tempestad estalla caen sus frutos, y las olas los arrastran á las costas habitadas, donde se transforman en hermosos árboles; símbolo de la virtud que descuellos sobre los peñascos combatidos por las tormentas, y que cuanto mas la azotan los vientos, mas tesoros prodiga á los hombres.

En las orillas del *Yar*, riachuelo del condado de Suffolk en Inglaterra, vi una especie de berro muy curioso, pues cambia de lugar y avanza como por brincos y saltos; tiene en sus extremidades muchas barbas, y cuando las que se encuentran en una de ellas son bastante largas para llegar al fondo del agua, se arraigan en él. Arrastrados por la accion de la planta, que se inclina hácia su nuevo pié, los asideros del lado opuesto se sueltan, y el berro, girando sobre su tallo, se desprende en toda la longitud que le separa de su retoño. Al dia siguiente se le busca en el lugar donde se le dejó el anterior, y se le descubre mas arriba ó mas abajo en la corriente, formando con el resto de las familias fluviales nuevos efectos y nuevas armonías. No hemos visto la floréscencia ni la fructificacion de aquel extraño berro, que hemos llamado *MIGRATOR*, es decir *viajero*, por su relacion con nuestros propios destinos.

Las plantas marinas están sujetas á mudar de climas, y participan al parecer de las inclinaciones aventureras de esos pueblos insulares á quienes su posicion geográfica ha hecho comerciantes. El *fucus giganteus* sale de las cavernas del Norte en alas de las tempestades, y se adelanta por los mares salvando espacios inmensos. Semejante á una red tendida de una á otra costa del Océano, arrastra consigo las almejas, las focas, las rayas y las tortugas que toma en su camino. Algunas veces, cansado de nadar, alarga una raíz hasta el fondo del abismo y se detiene; luego tornando á su navegacion con un viento favorable, y despues de haber flotado bajo mil diferentes latitudes, va á alfombrar las costas del Canadá con las guirnaldas arrancadas á los peñascos de la Noruega.

La emigracion de las plantas marinas, que á primera vista parecen meros caprichos de la casualidad, tienen sin embargo tiernas relaciones con el hombre.

Paseando una tarde en Brest, á orillas del mar, descubrimos á una pobre mujer que marchaba encorvada entre las rocas, examinando con gran atencion los restos de un naufragio, y especialmente las plantas adheridas á ellos, como procurando adivinar por su mayor ó menor vejez la época cierta de aquella ca-

tástrofe. La infeliz halló debajo de unos guijarros una de esas cajas en que los marineros guardan botellas; tal vez la habria llenado en otro tiempo, en obsequio de su esposo, de cordiales comprados con el fruto de sus modestos ahorros: así lo juzgamos al verla enjugar sus lágrimas con la punta de su delantal; los hongos marinos cubrian entonces aquellos olvidados presentes de su amor. Así, mientras el estampido del cañon anuncia á los poderosos el naufragio de los señores del mundo, la Providencia, cuando quiere comunicar alguna calamidad á los pequeños y á los desvalidos, les despacha en secreto algun haccillo de yerba, ó algun despojo que hable á su corazón.

## CAPITULO XII.

### Dos perspectivas de la naturaleza.

Lo que acabamos de decir de los animales y de las plantas, nos conduce á considerar los cuadros de la naturaleza bajo un punto de vista mas general. Tratamos de hacer hablar en conjunto á esas maravillas, que tomadas aisladamente, nos han dicho ya tantas cosas acerca de la Providencia.

Presentaremos, pues, á nuestros lectores dos perspectivas de la naturaleza, la una marítima, terrestre la otra; aquella, en medio de los mares Atlánticos; esta, en los bosques del Nuevo-Mundo, para que no se pueda atribuir la magestad de ambas escenas á los monumentos de los hombres.

El buque que nos trasladaba á América perdió de vista las costas, y el espacio no presentó en breve otra cosa que el doble azul del mar y el cielo, á semejanza de un lienzo preparado para recibir las futuras creaciones de un gran pintor. Las aguas presentaban un aspecto verdoso, y sus gruesas oleadas llegaban de la parte de Poniente, aunque el viento soplabá del lado opuesto; las enormes ondulaciones se extendian de Norte á Mediodia, y abrían en sus valles vastísimas sinuosidades que se ocultaban á la vista en los desiertos del Océano. Aquellos móviles paisajes cambiaban sin cesar de perspectiva: ora multitud de verduscos montecillos representaban surcos de sepulcros en un inmenso cementerio; ora las olas, rizando sus cimas, imitaban blancos rebaños esparcidos sobre agitados matorrales; otras veces el espacio parecia limitado por la falta de un punto de comparacion; pero si de improviso se levantaba una onda, ó bien otra se encorvaba mintiendo una costa lejana, ó atravesaba el horizonte un escuadron de perros marinos, el espacio se ensanchaba súbitamente á nuestra vista. Pero la idea abrumadora de la extension se agigantaba especialmente cuando una niebla ligera rozaba la inquieta superficie del mar, añadiendo al parecer inmensidad á la inmensidad misma. ¡Oh! ¡Cuán grandes y melancólicas son en tales momentos las perspectivas del Océano! ¡En qué meditaciones nos abisman, ya sea que la imaginacion se pierda en los mares del Norte, en medio de los hielos y las tempestades, ya encuentre en los mares del Mediodia risueñas islas de reposo y bienandanza!

Muchas veces nos levantábamos durante la noche é íbamos á sentarnos sobre el puente, donde no hallábamos sino al oficial de guardia y algunos marineros que fumaban en silencio en sus pipas. No se oia otro rumor que el de la proa al hender las olas, en tanto que leves centellas se deslizaban con una blanca espuma á lo largo de los costados del navio. ¡Dios de los cristianos! ¡Cuán profundamente has grabado el sello de tu omnipotencia en las aguas del abismo y en la profundidad de los cielos! ¡Los millones de estrellas que en el sombrío azul de la bóveda celeste resplandecian; la luna que brillaba magestuosa en medio del firmamento, un mar sin límites, lo infinito en el cielo, lo infinito en las aguas! ¡Nunca me has confundido

tanto con tu grandeza como en aquellas noches en que suspenso entre los astros y el Océano, veía la inmensidad sobre mi cabeza y la inmensidad á mis piés!

Nada soy: no soy sino un simple solitario; he oido muchas veces á los sabios disputar acerca del Primer Ser, y no los he entendido; pero he observado siempre que ese Ser desconocido se manifiesta en toda su gloria al corazón humano á la vista de las grandes escenas de la naturaleza. Una tarde en que reinaba profunda calma, nos hallábamos en los hermosos mares que bañan las costas de la Virginia; todas las velas estaban amainadas; yo me hallaba ocupado en el entrepuente cuando, al oír la campana que llamaba á los tripulantes á la oracion, me apresuré á mezclar mis preces á las de mis compañeros de viaje. Los oficiales ocupaban el castillo de popa con los pasajeros; el capellan, con un libro en la mano, se mostraba á su frente, los marineros estaban esparcidos indistintamente sobre cubierta, y todos nos manteniamos en pié, vuelto el rostro á la proa, cuyo rumbo era á Occidente.

El disco del sol, próximo á sumergirse en las olas, se dejaba ver entre los cables del navio, en medio de los espacios sin confines. A juzgar por los balances de la popa, hubiera podido decirse que el astro del dia cambiaba á cada instante de horizonte. Algunas nubes estaban agrupadas en peregrino desórden hácia el Oriente, en el que la luna se remontaba lentamente en los serenos espacios; el resto del cielo estaba puro; y hácia el Norte, una bomba marina que resplandecía con los colores del iris, formaba un glorioso triángulo con los dos magníficos lumináres del dia y de la noche, y se levantaba del nebuloso seno de los mares imitando el efecto de una maravillosa columna de cristal que sostuviese la bóveda del cielo.

Digno ciertamente de gran compasion hubiera sido aquel que en tan grandioso espectáculo no hubiera reconocido la hermosura de Dios. Mis ojos se arrasaron en involuntarias lágrimas, cuando mis compañeros, quitándose sus sombreros barnizados de alquitran, entonaron con ronca voz su sencilla cancion á *Nuestra Señora del Buen-Socorro*, patrona de los marineros. ¡Oh! ¡Cuán tierna era la plegaria de aquellos hombres que sobre un frágil leño contemplaban en medio del Océano al sol que se ocultaba en las olas! ¡Cuán directamente llegaba al alma aquella invocacion del pobre marinero á la Virgen de los Dolores! La conciencia de nuestra pequenez á la vista de lo infinito; nuestros cantos que se extendian á lo lejos en las ondas; la noche que se acercaba con sus tinieblas; la maravilla de nuestro bajel en medio de tantas maravillas; una tripulacion religiosa poseída de admiracion y de temor; un respetable sacerdote en oracion; Dios inclinado sobre el abismo, deteniendo con una mano al sol en las puertas del Occidente, levantando con la otra la luna en el Oriente, y prestando á través de la inmensidad atento oido á la voz de su predilecta criatura: hé aqui lo que no puede pintarse, lo que todo el corazón humano basta apenas á sentir.

Pasemos á la escena terrestre.

Hábiame extraviado una tarde en un bosque á cierta distancia de la catarata del Niágara, y no tardé en ver extenderse la noche en mi derredor; esto me hizo disfrutar en toda su soledad, del hermoso espectáculo de una noche en los desiertos del Nuevo-Mundo.

Una hora despues del ocaso, la luna se mostró sobre las copas de los árboles en el opuesto confin del horizonte. Una brisa embalsamada que esta reina de la noche traía consigo desde el Oriente, parecia precederla en los bosques cual su fresco aliento. El astro solitario subió con pausado curso por el cielo: ya seguía lentamente su azul carrera, ya descansaba sobre grupos de nubes, semejantes á las cimas de enhiestas montañas coronadas de nieve. Estas nubes, plegando y desplegando sus velos, se desarrollaban en zonas

diáfanos que parecían de raso blanco, y que se dispersaban en leves copos de espuma, ó formaban en los cielos deslumbradores bancos cual de algodón, tan suaves á la vista, que parecía se percibían su blandura y elasticidad.

No menos encantador era el panorama terrestre: la luz azulada y aterciopelada de la luna penetraba por los claros de los árboles, y deslizaba rayos de apacible luz hasta la espesura de las mas profundas tinieblas. El río que á mis piés se deslizaba rápido, se perdía alternativamente en los bosques, y tornaba á presentarse brillando con las constelaciones, cuya tranquila imágen reproducía. En una sábana situada en la opuesta orilla, la claridad de la luna dormía sin movimiento sobre los muelles céspedes. Los abedules, agitados por las brisas y esparcidos aquí y acullá, formaban islas de sombras flotantes sobre aquel mar inmóvil de luz. De cerca, todo hubiera sido silencio y reposo sin la caída de algunas hojas, la súbita ráfaga de viento ó el gemido del buho; á lo lejos, se dejaba oír á intervalos el solemne retumbar de la catarata del Niágara, que en la calma de la noche era repetido de desierto en desierto, y espiraba á través de los solitarios bosques.

La grandeza y la asombrosa melancolía de cuadro tan colosal no pueden expresarse en humano idioma, pues las noches mas deliciosas de Europa no son capaces de ofrecer una idea de él. En vano la imaginación procura espaciarse en nuestros campos cultivados, porque halla por donde quiera habitaciones humanas; pero en aquellas regiones salvajes el alma se complace en perderse en un océano de bosques; en mecerse sobre el abismo de las cataratas; en meditar á orillas de los lagos y los rios, y por decirlo así, en hallarse sola en presencia de Dios.

### CAPITULO XIII.

#### El hombre físico.

PARA dar término á estas reflexiones acerca de las causas finales, terminantes pruebas de la existencia de Dios deducidas de las maravillas de la naturaleza, réstanos ya únicamente considerar al hombre físico. Dejaremos hablar á los sabios que han profundizado esta materia.

Ciceron describe así el cuerpo humano:

«Al examinar los sentidos, por cuyo medio el alma conoce los objetos exteriores, vemos que su estructura corresponde de una manera admirable á su destino, y que residen en la cabeza como en una fortificación. Los ojos, vigilantes centinelas, ocupan el lugar mas elevado, desde donde, descubriendo los objetos, pueden desempeñar sin esfuerzo su cometido. Un puesto igualmente culminante convenia al oído, pues sus órganos están destinados á recibir el sonido, cuya natural direccion es ascendente. La nariz debía ocupar la misma situación, porque los olores suben tambien; y era preciso que se hallasen inmediata á la boca, puesto que nos ayuda de una manera decisiva á formar los juicios relativos á las bebidas y los alimentos. El gusto, cuyo objeto es hacernos sentir las cualidades de lo que comemos, reside en la parte de la boca por donde la naturaleza abre paso á los sólidos y líquidos. Por lo que respecta al tacto, está generalmente repartido por todo el cuerpo, á fin de que no podamos recibir impresión alguna, ni ser atacados por el frío ó el calor sin sentirlo. Y bien así como un entendido arquitecto no colocará cerca de los ojos ó de la nariz del propietario el receptáculo de las inmundicias de una casa, la naturaleza ha alejado de nuestros sentidos lo que hay de semejante á esto en el cuerpo humano.

»Pero, ¿qué artifice, á no ser la naturaleza, cuya sabiduría es incomparable, pudiera haber formado tan artísticamente nuestros sentidos? Ha rodeado los ojos de unas túnicas muy delgadas y transparentes en su par-

te anterior para que pueda verse á través de ellas, y resistentes en su tejido para que los ojos se mantengan fijos. Ha hecho estos resbaladizos y movibles para darles los medios de evitar todo lo que pudiera ofenderlos, y para que dirijan fácilmente sus miradas á todos los lugares. La pupila, donde se reúne lo que constituye la fuerza de la vision, es tan pequeña que se sustrae sin el menor esfuerzo á lo que es capaz de herir. Los párpados, que son las cortinas de los ojos, tienen una superficie interna lisa y suave para que no les dañe su continuo roce. Ya sea que el temor á algun peligro nos obligue á cerrarlos, ya que queramos abrirlos, los párpados están formados para prestarse á ello, y entrambos movimientos son instantáneos; hállanse, por decirlo así, fortificados con una empalizada de cerdas, que les sirve para rechazar lo que viene á lastimarlos cuando están abiertos, y para envolverlos á fin de que descansen tranquilamente cuando el sueño los cierra y nos los hace inútiles. Nuestros ojos tienen además la ventaja de hallarse ocultos y defendidos por medio de unas prominencias; porque por un lado tienen las cejas para detener el sudor que baja de la cabeza y la frente; y por la otra tienen en la parte inferior los pómulos que los protegen. La nariz está colocada entre ellos cual un limite divisorio.

»El oído permanece constantemente abierto, porque lo necesitamos siempre, aun durante el sueño; y si entonces le hiere algun sonido, despertamos al punto. Sus órganos tienen conductos tortuosos para evitar la introducción de algun cuerpo extraño, lo que ocurriría si fuesen rectos...

»Y qué diremos de las ventajas y utilidades de nuestras manos en las artes? Los dedos se alargan ó se doblan con la mayor facilidad, merced á la flexibilidad de sus articulaciones. Por su medio las manos manejan el pincel y el cincel, tocan la lira y la flauta. Esto por lo que concierne á lo agradable. Por lo que atañe á lo necesario, cultivan los campos, construyen casas, fabrican diversas telas y vestidos, y trabajan el cobre y el hierro. El espíritu inventa, los sentidos examinan, la mano ejecuta; de tal manera que si nos garantimos de la intemperie, si cubrimos nuestra desnudez, si tenemos ciudades, murallas, habitaciones y templos, lo debemos á las manos, etc.»

Forzoso es confesar que, así ha formado la sola materia el cuerpo humano para tantos fines admirables, como este hermoso discurso del orador romano ha sido compuesto por un escritor adocenado.

Muchos autores, especialmente el médico Niewentyt, han probado que los límites en que nuestros sentidos se encierran son los verdaderos límites que les convienen, y que nos veríamos expuestos á multitud de inconvenientes y peligros, si tuviesen mayor ó menor alcance. Galeno, poseído de sabia admiración en un análisis anatómico del cuerpo humano, abandona el escalpelo y exclama inspirado:

«¡Oh tú que nos has hecho! ¡Al componer un discurso tan santo, creo cantar un verdadero himno á tu gloria! Yo te honro mas al descubrir la hermosura de tus obras, que al sacrificarte hecatombes enteras de toros, ó al hacer humear los templos con el incienso mas precioso. La verdadera piedad consiste en conocerme á mí mismo, y luego en enseñar á los demás cuánta es la grandeza de tu bondad, de tu poder y tu sabiduría. Tu bondad se revela en la igual distribución de tus presentes, pues ha repartido á cada hombre los órganos que le son necesarios; tu sabiduría resplandece en la excelencia de tus dones; y tu poder se manifiesta en la ejecución de tus sorprendentes designios.»

### CAPITULO XIV.

#### Instinto de la patria.

PUESTO que hemos considerado los instintos de los

animales, debemos decir algo relativamente á los del hombre físico; pero como este reúne los sentimientos de las diferentes razas de la Creación, por ejemplo el amor paternal, etc., es preciso elegir uno que le sea exclusivo.

Ahora bien: este instinto peculiar del hombre, el mas hermoso, el mas moral de los instintos, es el amor á la patria. Si esta ley no estuviese sostenida por un milagro permanente, y en el cual, como en tantos otros, no paramos mientes, los hombres se precipitarían en las zonas templadas, dejando desierto el resto del globo. Fácil es imaginar cuantas calamidades resultarían de esta aglomeración de la especie humana en un solo punto de la tierra. A fin de evitar estas desgracias, la Providencia ha fijado, por decirlo así, los piés de cada hombre á su suelo natal mediante una atracción invencible: así es que los hielos de la Islandia y las abrasadas arenas del Africa no carecen de habitantes.

Es tambien digno de atención que cuanto mas ingrato es un país, cuanto mas destemplado su clima, ó cuantas mas persecuciones se han sufrido en él, mas encantos nos ofrece. ¡Cosa extraña y sublime es que nos identifiquemos al suelo por la adversidad, y que el hombre que no ha perdido sino una cabaña sea el que mas eche de menos el techo paterno! La causa de tal fenómeno consiste en que la prodigalidad de una tierra demasiado fértil destruye, al enriquecernos, la sencillez de los lazos naturales que se forman por resultado de nuestras necesidades; así, cuando dejamos de amar á nuestros padres, porque ya no nos son necesarios, dejamos de amar la patria.

Todo corrobora la verdad de esta observación. Un salvaje tiene en mas su choza que un príncipe su palacio; y el montañés halla mas encantos en su montaña, que el habitante de la llanura en su surco. Preguntad á un pastor escocés si querría cambiar su suerte con la del primer potentado de la tierra, y vereis cómo lejos de su querida tribu conserva en todas partes su recuerdo; cómo pide en todas sus rebañas, sus torrentes, sus nubes. No aspira sino á comer pan de cebada, á beber leche de cabra, y á cantar en el valle las mismas baladas que cantaban sus abuelos; desfallece sino vuelva á su país. Es una planta de la montaña, y por lo tanto sus raíces están destinadas á asegurarse en los peñascos, pues no puede prosperar sino la combaten los vientos y las lluvias; la tierra, los abrigos y el sol de la llanura la desecan.

¡Con cuánta alegría vuelve á ver su cabaña! ¡Con cuánta satisfacción visita las santas reliquias de su indigencia!

Doux trésors! se dit-il, chers gages, qui jamais  
N'attirâtes sur vous l'envie et le mensonge,  
Je vous reprends: sortons de ces riches palais,  
Comme l'on sortirait d'un songe.

¿Quién mas feliz que el esquimal en su espantosa patria? ¿Qué le importan las flores de nuestros climas, comparadas con las nieves del Labrador, y nuestros palacios en parangon con su ahumada caverna? Embárcase con su esposa en la primavera en algun hielo flotante, y arrastrado por las corrientes, se interna en alta mar sobre aquel trono del Dios de las tempestades. La montaña columpia sobre las olas sus luminosas cúspides y sus árboles de nieve; los lobos marinos se entregan al amor en sus lóbregos valles, y las ballenas le acompañan en el Océano. El osado salvaje estrecha sobre su corazón, en su movable escollo, á la mujer que Dios le dió, y goza con ella alegrías desconocidas en aquella mezcla indefinible de placer y de peligros.

El esquimal tiene por otra parte poderosas razones para preferir su país y su estado á los nuestros. Por degradada que nos parezca su naturaleza, adviértense, ya en él, ya en las artes que practica, ciertos rasgos que descubren la dignidad del hombre. El europeo se

pierde todos los días en un bajel, obra maestra de la industria humana, en la misma costa en que el esquimal, bogando en una piel de vaca marina, se burla de todos los peligros. Ora oye bramar el Océano, que lo cubre á cien piés sobre su cabeza; ora asalta los cielos en las turbulentas cimas de las olas; mécese con su piel en medio de ellas, bien así como se columpia un niño sobre las ramas en las tranquilas profundidades de un bosque. Al colocar á aquel hombre en la region de las tormentas, Dios ha impreso en su frente un ostensible sello de supremacía. «¡Vé! le gritó desde el seno del torbellino, desnudo te arrojo á la tierra; mas para que á pesar de tu miseria no ignores tus destinos, domarás los monstruos del mar con una caña, y hollarás incólume las tempestades.»

Así, al ligarnos á la patria, la Providencia justifica siempre sus grandes miras, pues tenemos mil razones para amar el suelo natal. El árabe no olvida el pozo del camello, la gacela, y sobre todo el caballo, fiel compañero de sus escursiones; el negro se acuerda siempre de su ranchería, de su azagaya, de su banano, y del sendero de la cebrá y del elefante.

Refiérese que un grumete inglés había llegado á profesar tan entrañable cariño al buque á cuyo bordo había nacido, que no podía alejarse de él por un instante. Cuando se quería castigarle, se le amenazaba con enviarle á tierra, á cuya intimación corría á ocultarse á la cala, prorumpiendo en gritos. ¿Qué había inspirado á aquel joven marinero tan vivo amor á unas tablas juguete de los vientos? No procedía ciertamente su afecto de circunstancias meramente locales y físicas. ¿Procedía acaso de algunas conformidades morales entre sus destinos y los del bajel? ¿O es que hallaba un placer secreto en reconcentrar sus alegrías y sus pesares en su cuna? El corazón se goza naturalmente en replegarse, por decirlo así, sobre sí mismo; pues cuánto menos se exterioriza menos superficie presenta á las heridas: ved aquí por qué los hombres muy sensibles, como lo son en general los infortunados, se complacen en habitar reducidos retiros. Lo que el sentimiento gana en intensidad lo pierde en extension: cuando la república romana tenía por límites el monte Aventino, sus hijos morían con júbilo por ella; pero dejaron de amarla cuando aquellos llegaron á los Alpes y al Tauro. Es indudable que alguna razon de este género alimentaba en el grumete inglés su amor al buque natal. Navegante ignorado en el océano de la vida, veía levantarse los mares entre él y nuestros dolores; y era en verdad feliz, puesto que divisaba desde lejos las tristes playas del mundo.

En los pueblos civilizados el amor á la patria ha hecho prodigios. Hay siempre en los designios de Dios una admirable correlación: en virtud de ella ha cimentado en la naturaleza el amor al suelo patrio, y el animal comparte en cierto grado con el hombre este instinto; pero el hombre lo extiende, y convierte en virtud lo que tan solo era un sentimiento de utilidad general; de esta manera las leyes físicas y morales del universo se encadenan admirablemente. Dudamos que sea posible tener una sola virtud verdadera, un solo verdadero talento sin amor á la patria. Esta pasión hace maravillas en la guerra, y en las letras ha formado á Homero y á Virgilio. El poeta ciego pinta con preferencia las costumbres de la Jonia, donde abriera sus ojos á la luz; y el cisne de Mantua se ocupa de los recuerdos de su país. Nacido en una cabaña, y expulsado de la herencia de sus abuelos, estas dos circunstancias influyeron poderosamente en la índole de su genio, pues le imprimieron ese colorido de melancolía que constituye uno de sus principales encantos; recuerda sin cesar ambos acontecimientos, y se ve que se acuerda siempre de aquel Argos, donde pasara su juventud:

Et dulces moriens reminiscitur Argos.

(Æn., lib. x, 782.)

Pero la religion cristiana ha venido á dar su verdadera medida al amor á la patria. Este sentimiento ha producido grandes crímenes entre los antiguos, pues rayaba en la exageracion. El Cristianismo ha hecho de él un amor principal, no un amor exclusivo, pues antes que todo nos manda ser justos, y quiere que amemos á la familia de Adam, porque es la nuestra, aunque nuestros conciudadanos tengan el primer derecho á nuestro amor. Esta moral era desconocida antes de la mision del Legislador de los cristianos, y es un error el asegurar que intentaba aniquilar las pasiones, pues Dios no destruye su obra. El Evangelio no es la muerte sino la regla del corazon, siendo á nuestros sentimientos lo que á las artes ese buen gusto que suprime lo que en ellas puede adolecer de exageracion, de falso, de comun ó trivial, y les deja lo que tienen de hermoso, de verdadero, de razonable. La religion cristiana bien entendida no es otra cosa que la naturaleza primitiva, lavada de la mancha original.

Cuando nos hallamos lejos de nuestro país es cuando mas que nunca sentimos el poder del instinto que nos arrastra hácia él. A falta de realidades nos esforzamos en crearlos sueños que nos la retraten; el corazon es fecundo en quimeras, pues todo aquel que se ha alimentado al pecho de la mujer ha bebido la copa de las ilusiones. Ora convierte una cabaña en el techo paterno; ora aplica á un bosque, á un valle ó á una colina algunos de los dulces nombres de la patria. Andrómaca apellida *Simois* á un arroyo. ¡Y cuán tierna verdad se encierra en el riachuelo que reproduce un caudaloso rio de la patria! Lejos de las orillas que nos han visto nacer, la naturaleza nos parece raquíca, y la pálida sombra de la que hemos perdido.

Otro ardor del instinto patrio es conceder gran precio á un objeto de escaso valor intrínseco, pero que procede de nuestro país y hemos llevado al destierro. El alma se asocia hasta á las cosas inanimadas que han compartido nuestros destinos: una parte de nuestra vida se identifica con el asilo donde descansó nuestra felicidad, y sobre todo con aquel que prestó sombra á nuestro infortunio.

Para pintar la languidez interior que se experimenta fuera de la patria, el pueblo dice: *Este hombre tiene el mal del país*; verdadera enfermedad que no puede curarse sino regresando al suelo patrio. Pero por pocos años que haya durado la ausencia, ¿qué hallamos en los lugares que nos han visto nacer? ¿Cuántos hombres existen de los que habíamos dejado llenos de vida? Los sepulcros ocupan el lugar de los palacios, y estos el de aquellos; el campo paterno se ve cubierto de malezas ó entregado á un arado extranjero, y derribado yace el árbol que nos alimentara.

Había en la Luisiana una negra y una salvaje, esclavas de dos colonos vecinos. Cada una de estas mujeres tenía un hijo: la negra una niña de dos años, y la india un niño de la misma edad; este murió. Habiendo elegido las dos madres un lugar en el desierto, se reunieron en él durante tres noches consecutivas. Una llevaba su hijo muerto, y la otra su hija viva; la una su *Manitú*, la otra su *Feliche*, y no se admiraban de hallarse bajo la influencia de una misma religion, pues ambas eran desgraciadas. La india hacia los honores de la soledad: «Este es el árbol de mi país, decía á su amiga; ¡sientate y llora!» Luego, segun el uso de los funerales entre los salvajes, suspendian sus hijos de las ramas de un arce ó de un sasafrás, y los columpiaban cantando los aires de su país.

Pero estos juegos maternos, que adormecian á menudo la inocencia, no podían despertar la muerte. Así se consolaban aquellas dos mujeres, una de las cuales habia perdido su hijo y su libertad, y la otra su libertad y su patria: ¡las lágrimas ofrecen consuelos recíprocos!

Dícese que precisado un francés á emigrar durante el Terror, habia comprado con algunas monedas que

le quedaban una barca en el Rin, para guarecerse en ella con su mujer y sus dos hijos. Pero como llegase á faltarle el dinero, llegó á faltarle la hospitalidad; cuando se le expulsaba de una orilla, pasaba sin quejarse á la opuesta; muchas veces, perseguido en ambas márgenes, se veia obligado á anclar en medio del rio, y allí pescaba para proveer al sustento de su familia; pero los hombres le disputaban aun los beneficios de la Providencia. Al llegar la noche, iba á recoger yerbas secas para encender un poco de fuego, dejando á su mujer en mortales agonías hasta que regresaba. Precisada á hacerse salvaje entre cuatro naciones civilizadas, aquella familia, que no tenia en el globo un solo rincón de tierra donde fijar su pié, cifraba todo su consuelo en respirar algunas veces el aire que les llegaba de las frentes de su patria. Si se nos preguntase en qué consiste la fuerza de los vínculos que nos ligan al suelo natal, nos costaria algun trabajo responder. Tal vez es la sonrisa de una madre, de un padre, ó de una hermana; tal vez es el recuerdo del viejo preceptor que nos educó, ó el de los tiernos compañeros de nuestra infancia; tal vez son los desvelos de una nodriza, de un antiguo doméstico, parte tan esencial de la casa (*domus*); son, por último, tal vez las circunstancias más sencillas, y si se quiere, mas triviales: un perro que ladraba durante la noche en el campo; un ruiseñor que volvía todos los años al jardín; el nido de la golondrina en la ventana; el campanario de la iglesia, que se veía descollar sobre los árboles; el tejo del cementerio; el sepulcro gótico; ¡hé aquí todo! Pero estos pequeños medios demuestran con tanta mayor certidumbre la realidad de una Providencia, cuanto que no podrían ser el origen del amor á la patria y de las grandes virtudes que brotan de este amor, si una voluntad suprema no lo hubiese dispuesto así.

## LIBRO SEXTO.

### Inmortalidad del alma, probada por la moral y el sentimiento.

#### CAPITULO I.

##### Deseo de felicidad en el hombre.

Aun cuando no hubiese mas pruebas de la existencia de Dios que las maravillas de la naturaleza, tan fuertes son estas pruebas que bastarian para convencer á todo aquel que busca la verdad. Empero si los que niegan la Providencia no pueden explicar sin ella los portentos de la Creacion, mayor será la dificultad que experimenten para responder á las objeciones de su propio corazon. Al renunciar al Ser Supremo, se ven precisados á renunciar á otra vida, y no obstante, su alma les agita; preséntase, por decirlo así, á su vista, y les obliga, á despecho de los sofistas, á confesar su existencia y su inmortalidad.

Digáenos sino, si el alma se extingue en el sepulcro, de donde procede ese deseo de felicidad que nos atormenta. Nuestras pasiones pueden tener en la tierra fácil satisfaccion: el amor, la ambicion, la cólera, tienen una segura plenitud de goce; pero la necesidad de felicidad es la única que carece de satisfaccion y de objeto, porque ni aun sabemos qué cosa sea esa felicidad tan suspirada. Es preciso confesar que si todo es *materia*, la naturaleza ha incurrido aquí en un grave error, pues ha creado un sentimiento sin aplicacion alguna.

Ni es dudoso que nuestra alma pide incesantemente, pues no bien ha conseguido el objeto de su deseo, cuando se lanza á nuevas aspiraciones, porque el universo no es bastante á satisfacerla. Lo infinito es el único campo que le conviene; le es grato perderse en

los números, y concebir, así las mayores como las menores dimensiones. Finalmente, henchida, mas no saciada de lo que ha devorado, precipitase en el seno de Dios, centro en que convergen todas las ideas de lo infinito, en perfeccion, en tiempo y en espacio; pero no se abisma en la Divinidad, sino porque la encuentra rodeada de tinieblas, *Deus absconditus*; si la viese con toda claridad, la despreciaría como á cualquiera de los objetos, cuya medida se halla á su alcance. Y aun pudiera decirse que tendría alguna razon al proceder así; porque si el alma se explicase bien el principio eterno, sería superior á este principio, ó por lo menos igual á él. No acontece en el órden de las cosas divinas lo que en el de las humanas, puesto que un hombre puede comprender un rey sin ser rey; pero el que comprendiese á Dios, sería Dios.

Los animales no sienten el estímulo de esa esperanza que anida en el corazon humano, porque colman al punto su felicidad, siendo así que un puñado de yerba satisface al cordero, y un poco de sangre al tigre. Si se sostuviese, con algunos filósofos, que la diversa estructura de los órganos constituye la única diferencia entre nosotros y el bruto, pudiera á lo mas admitirse este raciocinio con relacion á los actos meramente materiales; pero, ¿de qué sirve la mano al pensamiento, cuando en la calma de la noche se lanza á los espacios, para hallar á través de ellos al Hacedor de tantos mundos? ¿Por qué no hace lo mismo el buey? Sus ojos le bastan; y aun cuando tuviese los piés ó los brazos del hombre, seríanle harto inútiles para el caso. Puede acostarse sobre el césped, levantar al cielo su cabeza, y llamar con sus mugidos al Ser desconocido que llena esa inmensidad. No sucede así: prefiriendo la yerba que pisa, nada pregunta á esos soles, evidente demostracion de la existencia de Dios. Insensible al espectáculo de la naturaleza, no sospecha, bajo el árbol á cuya sombra descansa, que él es tambien una pequeña prueba de la inteligencia divina.

La única criatura que se exterioriza y no se basta por completo á sí mismo, es el hombre. Dicese que el pueblo no experimenta semejante inquietud: ciertamente es menos desgraciado que nosotros, pues se distrae de sus deseos con sus trabajos, y apaga en sus sudores su sed de felicidad. Pero cuando le vemos afanarse los seis días de la semana para gozar algunos placeres el séptimo; cuando, esperando siempre el descanso y no encontrándolo nunca, llega á la muerte sin cesar de desear, ¿podrá decirse que no participa de la segunda aspiracion de todos los hombres hácia un bienestar desconocido? Y si se replica que este deseo está por lo menos limitado para él á las cosas de la tierra, diremos que esta aseveracion es muy inexacta: sino, al hombre mas pobre los tesoros del mundo; suspended sus trabajos, satisface sus necesidades, y antes de algunos meses será tambien juguete del tedio y de la esperanza.

Por otra parte, ¿es cierto que el pueblo, aun en su actual estado de miseria, no conoce ese deseo de felicidad que se prolonga mas allá de la vida? ¿De dónde procede ese instinto melancólico que se advierte en el hombre campestre? Muchas veces en el domingo y otros dias feriados, cuando toda la aldea habia ido á orar al Segador que separa el buen grano de la cizaña, hemos visto á algun paisano solo en la puerta de su cabaña, prestando oído al son de la campana: su ademan era pensativo, y no le distraian las avecillas de la era vecina, ni los insectos que en su derredor zumbaban. Aquella noble figura del hombre, colocada como la estatua de un dios en el dintel de una cabaña; aquella frente sublime aunque abrumada de cuidados; aquella espalda sombreada por una negra cabellera, y que parecia alzarse como para sostener el cielo, aunque encorvada bajo el peso de la vida; todo aquel ser tan magestuoso aunque miserable, ¿no pensaba en

cosa alguna, ó se ocupaba tan solo en las del mundo? No era esta, por cierto, la expresion de sus labios entreabiertos, ni la de aquel cuerpo inmóvil, ni la de aquella mirada fija en el suelo: el recuerdo de Dios pasaba por su alma en el sonido de la campana religiosa.

Si es imposible negar que el hombre espera hasta bajar al sepulcro; si es cierto que los bienes terrenos, lejos de saciar nuestros deseos, contribuyen únicamente á dilatar el vacío del alma, debemos concluir que hay algo mas allá del tiempo. Oigamos á San Agustín: *Vincula hujus mundi asperitatem habent veram, jucunditatem falsam, certum dolorem, incertam voluptatem, durum laborem, timidam quietem, rem plenam miserix, spem beatitudinis inanem.* «Los lazos de este mundo tienen una verdadera aspereza y una falsa dulzura, dolores ciertos, placeres inciertos; trabajos rudos, un descanso inquieto, cosas llenas de miseria y esperanzas vacías de felicidad.» Lejos de lamentar que el deseo de esta haya sido colocado en el mundo actual, y su satisfaccion en el mundo ulterior, admiremos en esto la bondad de Dios. Puesto que es indispensable salir de esta vida mas tarde ó mas temprano, la Providencia ha colocado mas allá de la meta un aliciente que nos atraiga, para disminuir el horror al sepulcro: cuando una madre quiere hacer salvar un obstáculo á su hijo, le alarga al lado opuesto un objeto agradable, para inducirle á pasar.

## CAPITULO II.

### De los remordimientos y de la conciencia.

LA conciencia suministra una nueva prueba de la inmortalidad de nuestra alma. Cada hombre tiene en el fondo de su corazon un tribunal donde empieza por juzgarse á sí mismo, esperando que el Juez Supremo confirme la sentencia. Si el vicio no es otra cosa que un resultado físico de nuestra organizacion, ¿de dónde proceden esas zozobras que nublan los dias de una prosperidad criminal? ¿Por qué son tan terribles los remordimientos, que se prefiere someterse á la pobreza y á todos los rigores de la virtud, antes que allegar ilegítimas riquezas? ¿Por qué hay una voz en la sangre, y una palabra en la piedra? El tigre despedaza su presa y, duerme tranquilo, mientras el homicida vela insomne; busca los lugares desiertos, y no obstante, la soledad le aterra; arrástrase en derredor de los sepulcros, y sin embargo, los sepulcros le horrorizan. Su mirada es inquieta, y no se atreve á fijarla en las brillantes paredes del salon del festin, pues teme leer en ellas caracteres funestos. Parece que sus sentidos adquieren mayor sutileza para atormentarle: ve en medio de la noche amenazadoras claridades; rodéale á todas horas el hedor de la carnicería; descubre el gusto del veneno en las viandas preparadas por su mano; su oído percibe rumores allí donde reina el silencio; y al abrazar á su amigo, cree tocar un puñal oculto bajo sus vestidos.

¡Formidable conciencia! ¿Pudieras no ser sino un fantasma abortado por la imaginacion, ó el mero temor de los castigos humanos? Yo me pregunto: Si te fuese posible, en virtud de un solo deseo, dar muerte á un hombre en la China y heredar su fortuna en Europa, con la conviccion sobrenatural de que nunca se averiguaría la verdad, ¿transigirías con tal deseo? En vano me exagero mi indigencia; en vano pretendo atenuar este homicidio, suponiendo que merced á mi deseo, el chino morirá repentinamente sin dolor alguno, que no tiene herederos, y hasta que á su muerte el Estado perderá sus bienes; en vano supongo á ese hombre abrumado de enfermedades y amarguras; en vano me digo que la muerte es un bien para él, que la llama, y que solo le resta un momento de